

Carlos Luis Torres Gutiérrez

Debido proceso o la novela del deterioro

a última obra de Jaime Alejandro Rodríguez¹, titulada *Debido proceso*², es definitivamente una novela urbana. Al terminar su lectura nos damos cuenta de que, al igual que la ciudad, el libro constituye un cruce de discursos, de miradas y de imágenes. Leerlo es enfrentarse a una ciudad translúcida donde se cruzan lo público y lo privado, lo real y lo imaginario, la pintura y la escritura, lo simple y lo profundo, la conciencia y la emotividad, el amor y la cursilería, la fatalidad y la decisión, con la terrible certeza de hallarse ante lo inevitable: el deterioro.

Cuenta diferentes historias: la de Santiago, un terrorista loco que es procesado y condenado a la pena capital; la de su abogado defensor; la de un escritor desesperado, idealista y utópico, que pretende alcanzar las cumbres de la literatura en el inconsciente a través del agotamiento, del encierro y de la incomunicación; la de una pintora que dibuja parte de la novela, ese pedazo de realidad que no es posible denotar. Todo ello sirve de telón al deterioro de la ciudad, del narrador, de la moral, de la juventud, de la belleza, de la justicia y de la poesía³, que acarrearán la pérdida de la fe, el verdadero asunto de la novela.

1 Ensayista y escritor, en la actualidad es profesor del Departamento de Literatura y decano académico de la Facultad de Ciencias Sociales en la Pontificia Universidad Javeriana.

2 Medellín: Editorial Universidad EAFIT, 2000.

3 Al referirse a los poemas escritos por el “guerrillero loco”, el profesor señala “una especie de escepticismo radical. La referencia al mundo exterior como un lugar en el que no puede haber ya amparo y la constante justificación del narrador protagonista de su refugio en el interior manifiestan esa desconfianza en la cultura, propia del nihilista”.

El carácter urbano de la novela

La discusión acerca de la novela urbana sería inútil si no enfrentáramos la aparición de diversas novelas que avanzan en la construcción de imaginarios cada vez más asimilables al de una ciudad *constructo* –signo–, cuyo hilo conductor es la peripecia. La novela urbana actual propone una metáfora de la metrópoli, se convierte en una historia de lenguaje; en *Debido proceso*, la fragmentación, la complementariedad de la palabra con la pintura, la ficción probable con la realidad posible, se mezclan en un nudo metaficcional de un escritor que se deshace como la historia misma.

La novela transcurre en Bogotá, como se hace explícito cuando se habla de la reclusión del escritor en un departamento al extremo de la ciudad, así como de las montañas que se columbran a lo lejos y de las calles como nudos. A partir de ello, el texto genera su espacio ficticio: una ciudad apocalíptica, azotada por los bombardeos que la han dejado casi en ruinas, en la cual se realiza el juicio de un guerrillero, expuesto a la pena capital. Pese al carácter ficticio de esta historia, tras su lectura nos queda la sensación de que presenta el posible futuro de Bogotá y del país.

La contribución al imaginario de la ciudad

Sobre Bogotá se han creado diversos imaginarios urbanos: “ciudad terror”, “ciudad fuga”, “ciudad muerte”. En la novela *Debido proceso* hay un imaginario apocalíptico de una ciudad que se deshace en las manos. En una de las solapas del libro se lee:

Tenemos la ciudad que nos merecemos. Indómita y medrosa a la vez. Sucia y bella. Amable y peligrosa. Engreída y terrible. Resulta casi imposible ofrecer imágenes fieles de ella. Cuando comencé a escribir este relato, la única referencia con la que contaba, para describir sus probables ruinas, eran las fotos del Bogotazo [...]. Lo demás ha sido un deseo casi morboso de contemplar su fin como una suerte de *destino inevitable*. Algo así como cerrar todas las puertas y forzar la imaginación hasta obtener una *iconografía apocalíptica*. [Las cursivas son del autor de este artículo].

Se habían presentado en la novela bogotana imaginarios similares (*El día del odio*, de José Antonio Osorio Lizarazo, por ejemplo), pero el propuesto por Jaime Alejandro Rodríguez es distinto por su conciencia narrativa: no describe lo sucedido ni imagina lo que va a suceder; vive los acontecimientos físicos con la intensidad con la cual

se derrumban sus propios ideales y los de sus personajes. Cabría llamar “la ciudad final” el imaginario presente en *Debido proceso*⁴.

Una actitud filosófica

Albert Camus afirmó alguna vez: “Cada generación se cree predestinada a rehacer el mundo. Sin embargo, la mía sabe que no lo rehará, pero también que su obligación es mayor: impedir que el mundo se deshaga”. Nosotros, los hombres que sobrevivimos al derrumbe del positivismo, llegamos hasta Camus. Dejamos de “tomar al brazo la luna en el noveno cielo y de pescar tortugas en lo hondo de los siete mares. Nada es imposible si el hombre se atreve a alcanzar las alturas”, como lo dijo en un verso Mao Tse Tung. Aceptamos la imperfección como lo inevitable. Jaime Alejandro se atreve, en el contexto de la novela, a ir mas allá e insinuar la crisis absoluta de la fe o, mejor, a mostrar cómo el final de siglo ha dado muerte a las ciencias sociales:

 Mi rostro está desfigurado y en el pecho y los brazos se han extendido las llagas, pero aún tengo la capacidad para teclear estas últimas palabras. Todo se deshizo. El intento por detener el derrumbe fue inútil. Siento, sin embargo, el sosiego de la tarea cumplida. Esta escritura no tiene razón ya para prolongarse. Puedo morir tranquilo, mientras escucho la terrible y a la vez reconfortante carcajada de los muchachos desde la eternidad [154].

La degradación física del personaje acaba con su voluntad de vivir: ya no encuentra razones para continuar la escritura. Los muchachos (sus amigos de vida y de intelectualidad) se ríen desde la eternidad. Parece que el autor nos hablase de la muerte de todo: de la ciudad, de la fe, del futuro, de las ciencias sociales, de la literatura, pues la escritura⁵ constituye la única alternativa propuesta por el narrador ante la crisis: hay que escribir, aunque por ello se pierda la vida.

4 Escribo este artículo sobre la novela de Jaime Alejandro en el momento en que el alcalde Peñalosa ha reconstruido andenes, vías y parques, y sueña con un servicio masivo de transporte. ¿Será que el espacio apocalíptico construido en la novela es una equivocación del autor? ¿O simplemente que las construcciones en la ciudad son sólo el último repunte tardío de la planificación occidental?

5 El escritor se enfrenta a una sociedad en crisis y recurre a la literatura como única posibilidad de salvación. Apela a la palabra escrita, pero en el proceso de su construcción se da cuenta de que es muy

Las puertas falsas de la narración

La novela deja un sabor amargo en su primera lectura, pues asemeja simplemente el espectáculo narrativo de una sociedad apocalíptica. La segunda lectura invita a sospechar de sus puertas falsas. Desde el título, la palabra “proceso” nos hace pensar en una secuencia, en un final adecuado para la historia o la ciudad, para la sociedad o la filosofía. Pero la novela muestra lo contrario: “Ahora que los muchachos no son tan muchachos”, podría ser el título. Ahora que la realidad no es lo que debería ser, ahora que nuestro esfuerzo ha sido inútil.

De otro lado, la novela presenta tres secciones: la indagatoria, el juicio y la condena, aunque puede pensarse que tal división se superpone a los verdaderos ejes de la historia: los primeros bombardeos sobre la ciudad, los estallidos sobre su arquitectura y las ruinas. Aunque estas posibilidades de división del texto sugieren un camino hacia el deterioro, la ciudad queda en manos de los rebeldes, como anunciando un final que no es exactamente tal. ¿Será ésta la segunda puerta falsa? Pensarlo vale la pena, pues hoy resulta innegable que las puertas de los actuales procesos rebeldes en nuestro país conducen “a callejones donde no hay posibilidades para los niños”, como lo señala el narrador.

La tercera puerta falsa se esconde en la arquitectura de la novela. Estamos ante la obra de un estudioso del hipertexto, quien al mismo tiempo publicó un ensayo sobre hipertexto y literatura en el cual plantea la muerte del texto como hoy lo conocemos. La novela que se escribirá en el futuro, según el autor, será construida tanto por los escritores como por los lectores, quienes deambularán en laberintos de imágenes y palabras. La novela *Debido proceso* dista de lo hipertextual, pero anuncia la muerte del trabajo literario tal y como lo practica su narrador. ¿O se trata de una puerta que nos conduce a otra reflexión, sobre nuestra terquedad para no aceptar el hipertexto como una alternativa ostensible en el futuro?

poco lo que puede hacerse: a ello se debe su afán por aferrarse a Angelita, su mujer, y a sus amigos, los muchachos que ya no son tan muchachos. Este aferrarse da paso algunas veces a una posibilidad, otras veces a la sensatez y en otras ocasiones simplemente a la cursilería (en medio de tanto naufragio y tanta sangre, aferrarse al pasado también representa una contradicción).